

debe asentarse la Esclavitud Mariana, suben de punto las palabras que escribe en el número 92 y que son como más vehementes y como perfeccionadoras de aquéllas, en cuanto que en éstas determina el anonadamiento propio, poniéndole por término de perfección la muerte voluntaria de alma y cuerpo a que el hombre debe llegar, en cuanto está de su parte, si ha de hacer obras nacidas de puro amor.

El número 92 a que aludimos es digno de ser meditado, *die ac nocte*, por toda alma que de veras desee ser esclava perfecta, pues en sus enseñanzas encierra todas las perfecciones de la purgación del sentido y del espíritu, las esplendorosas ilustraciones de la *oscura noche de la fe* y los más regalados encantos de los desposorios espirituales. El número en cuestión es de los que muestran a la inteligencia el inmenso panorama de la perfección desde sus más sólidas cumbres, haciendo ver al que lo contempla su altitud, su profundidad y su muy dilatada latitud y longitud. Leamos a nuestro mariano Maestro y en los rasgos que él nos señala, consideremos nosotros la inexhausta belleza de la perfección y los sacrificios que impone.

«2.º Para vaciarnos de nosotros mismos, se lee en el número 92: «es preciso que todos los días muramos a nosotros mismos: es decir que se necesita renunciar a las operaciones de las potencias de nuestra alma y de los sentidos de nuestro cuerpo; que debemos ver como si no viésemos, oír como si no oyéremos, servirnos de las cosas de este mundo como si no nos sirviéramos de ellas, lo cual llama San Pablo morir todos los días: *Quotidie morior*. (I. Cor. XV, 21.)»

A nadie se le oculta que ésta es la sencilla y sólida doctrina de la ascética más pura. Las palabras que anteceden cualquiera versado un tanto en la materia las creyera calcadas en S. Juan de la Cruz. *La subida del Monte Carmelo* de nuestro soberano místico, respira esa doctrina y la enseña con precisión teológica, y con toda amplitud y detalle. Allí *canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar la oscura noche de la Fe, en desnudez y purgación suya a la unión del Amado*. Y se trata de la noche o purgación del sentido y del espíritu y de cómo el hombre ha de vaciarse de todo en todo para llegar a todo. Y así no contento nuestro glorioso Vidente con lo dicho añade lo más que se puede decir en esta materia, con palabras de nuestro divino Maestro:

«Si el grano de trigo, al caer en tierra, no muere, permanece solo y no produce buen fruto; *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet*. (S. Juan. XII, 24.)»

Al pie de esta divina sentencia, por vía de aclaración o para que nos recuerde algunos modos de morir a nosotros mismos, y por lo que para lo sucesivo puede ilustrar nuestra piedad de esclavos y para encontrar, no pocas veces, los seguros fundamentos de la doctrina y práctica de la Esclavitud Mariana, anotaremos las siguientes sentencias que trae S. Juan de la Cruz en su libro ya citado.

Dicen así: